

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

Memorias de antaño

¿Donde estuviste, “Soledad”?

Nino (mi padre)

Nací en el seno de una familia con unos padres muy sencillos, él, Nino, que durante la guerra civil, luchó en el bando nacional, ignoro si por convicción o por qué le pilló de ese lado, lo cierto es que al acabar la contienda se hizo policía local en su pueblo de Olivenza, pueblo precioso y acogedor, que anteriormente perteneció a Portugal.

Estuvo pocos años en ese empleo y entró en el cuerpo de la guardia civil, hasta que se jubiló a los 50 años. Es en este momento cuando su vida se complica y acepta varios trabajos que le llevan a meterse en los terrenos fangosos del tabaquismo y alcoholismo, que poco a poco van deteriorando su salud y las relaciones con la familia, que veían su deterioro sin que pudieran evitarlo.

No quiero olvidarme que mi padre era hijo único y que su infancia no fue nada fácil, hijo de un vaquero, que murió muy joven corneado por un toro manso, al que fustigaba sin tregua y que en un momento decidió defenderse asestándole un golpe mortal.

Su madre, al quedar viuda, depositó en él todos sus miedos y frustraciones, desarrollando una influencia, que si bien no mermó su bondad, quizás la resaltó aún más, pero que en algunos momentos de su vida resultó fatal en su relación con mi madre, que nunca se llevó bien con ella debido a unos celos dañinos. Sus discusiones y desavenencias continuas tenían un efecto en él muy difícil de manejar al estar envuelto en medio de ambas mujeres, lo que le provocaba un desasosiego importante.

De todo esto, los hermanos pequeños no nos dimos cuenta hasta que fuimos cumpliendo años, pero mis hermanos mayores nos contaban historias sobre esta relación bastante tensas.

Confieso que mi relación más cercana fue con mi madre, luego hablaré de esa relación, creo que es lo más frecuente en todos los hijos varones, el padre al fin y al cabo era ese señor que solo ves un un rato por las noches, cuando vuelve de trabajar y no siempre volvía de buen humor, curioso que nunca le preguntábamos qué tal le había ido la jornada.

Es aquí y ahora donde me surge esta pregunta: ¿Qué sentía mi padre en su día a día? ¿Qué sentimientos albergaba al llegar a casa, después de su jornada? ¿Por qué dábamos por hecho que todo estaba bien en su vida?

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

Nardi (mi madre)

Ella, mi madre, La Nardi, mujer de su época, nacida en una familia de siete hermanos, hacia la número seis. Ya desde niña dedicada a servir en casas pudientes, jamás aprendió a leer, y escasamente a firmar.

Fue “educada” si se me permite decir, para trabajar, casarse y tener una partida de hijos, tareas que cumplió con solvencia y entrega.

Las familias humildes de entonces, cuando sus hijos e hijas tenían apenas seis años, ya les encomendaban las tareas más diversas, como cuidar animales que todos tenían en sus casas y los colocaban en las casas ricas del pueblo para cuidar de los bebés y las tareas domésticas más sufridas.

No quedaba tiempo para aprender a leer ni escribir, eso se perdió la buena de la Nardi, que bien que se lamentaba por ello.

Al casarse se dedica exclusivamente al cuidado de su marido, y los hijos que le iban naciendo, cuatro, todos varones, ¡ella que deseaba una hija más que todas las cosas! jamás lo consiguió y no por no intentarlo.

Ya desde el comienzo de su vejez, y con sus hijos ya fuera del nido, intenta por todos los medios, ayudar a Nino en sus adicciones y mal humor, cada día más notorios. Gracias a ella, con su dedicación y cuidados al menos, envejeció en su casa sin grandes sobresaltos.

En 1980, pierden de manera inesperada y trágica a su querido hijo Nino junior, golpe de el que jamás se repusieron.

Recuerdo que hasta que decidí levantar el vuelo y empezar mi camino vital, mis hermanos mayores, El Pepe y el Nino ya estaban fuera, viví con mis padres y mi hermano Gabriel, una época de cierta melancolía y añoranza porque veía que el núcleo familiar de nuestro hogar empezaba a resquebrajarse y se echaba mucho de menos a los que ya habían levantado el vuelo. Era una sensación de que todo estaba cambiando y que la vida por venir ya no era la misma, se avecinaba, aunque fuera por ley natural, una soledad implícita en todos los que aún quedábamos, una soledad para nada enriquecedora.

Mis padres, no sé si porque era la cultura de aquellos tiempos, nunca expresaron ningún sentimiento de pena, nunca fueron unos padres al uso, en cuestión de autoritarismo hacia nosotros, todos recibimos hasta que nos emancipamos una educación implícita en el ejemplo de respeto que ellos se tenían, o al menos percibíamos y he de decir que podrían estar orgullosos de todos sus vástagos en ese sentido.

Nos dejaron tomar nuestras decisiones, equivocadas o no, sin tan siquiera objetar.

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

Los dos mayores, nada más cumplir los dieciocho, se enrolaron en la guardia civil, yo en cambio nunca me gustó la disciplina de los cuerpos militares, bastante fue que hice la mili cuando me correspondía.

Este modo de educación fue el que intenté aplicar posteriormente a mis hijos y he de decir que si no el mejor, si al menos me veo reflejado en mis padres, cosa que me hace recordarles con un bonito sentimiento de agradecimiento.

Con la perspectiva del tiempo, me hago preguntas que debía haberme echo mucho antes, imagino que cuando eres joven, el egoísmo implícito en el ser humano, no te deja hueco para pensar que estas personas, que de alguna manera te han dedicado sus vida, tenían sus sentimientos como todo hijo de Dios, que en su fuero interno eran como yo soy ahora, que en el fragor de su cotidianidad, tenían sus soledades y que nunca te las contaron porque su sentido de la protección no contemplaba el preocuparte, o también por que en aquellos tiempos bastante tenían con sacarnos adelante, cuanto me hubiera gustado que en algún momento, haberme ocupado por saber de sus inquietudes personales e íntimas, más allá de de su relación de núcleo familiar con nosotros.

La señora Nardi, era toda bondad, siempre agradando a todos, eso sí de vez en cuando la teníamos tan cansada de nuestras fechorías de niños, que no tenía por menos darnos unos buenos azotes, con sus zapatillas bien educadas para estos menesteres.

Ya he comentado líneas atrás que tuvo una relación muy tóxica con mi abuela paterna, la cual quería acaparar por todos los medios a su hijo, el cual se volvía loco con sus historias sobre mi madre.

¿Fue la Nardi, feliz? diría que si, al menos eso pensaba yo.

Pero también me pregunto: ¿Se sentía sola? ¿A quién contaba sus sentimientos?
¿Como era su lucha interior?

¿Que desgarró sufrieron ambos, cuando acabaron con la vida de su querido hijo?

Nunca lo sabré, porque nunca me lo dijeron, pero sí sé que en ese momento sus almas empezaron a morir... como la de todos nosotros. La soledad de sus almas ya fue imparable.

Todo esto me hace reflexionar sobre estas cuestiones: ¿Fueron felices mis padres en su relación o fueron un matrimonio al uso en aquella época? ¿Qué sentimientos albergaban ambos? ¿Cuántos momentos de soledad soterrada, no compartidos?

Me invade un sentimiento de gran ternura al pensar en ello y no tener respuestas, solo les digo por si me escuchan, que me perdonen por no haberles preguntado a su

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

tiempo por todas estas cuestiones y que ahora que me las planteo, siento que a pesar de todo, nos dedicaron toda su vida, incluida su soledad, de la que nunca se quejaron.

A mis queridos padres que ya nunca estarán solos, siempre irán conmigo.

Escrito por "Unotresnueve"